UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS

17

ENERO-MARZO

1945

IMPRENTA UNIVERSITARIA

FILOSOFIA

Y

LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:
Eduardo García Máynez.

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país..... $7.00
Exterior..... dls. 2.00

Número suelto..... $2.00
Número atrasado..... $3.00

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. ALFONSO CASO

Secretario General:

LIC. EDUARDO GARCÍA MÁYNEZ

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

PABLO MARTÍNEZ DEL RÍO

Tomo IX México, D. F., enero-marzo 1945 Número 17

Sumario

SYMPOSION SOBRE "EL DESLINDE" DE ALFONSO REYES (II)

		Págs.
Gabriel Méndez Plancarte	*En torno a "El Deslinde"*	11
Edmundo O'Gorman	*Teoría del deslinde y deslinde de la teoría*	21

FILOSOFIA

José Gaos	*El último Nietzsche*	39
F. S. C. Northrop	*El sentido de la civilización occidental*	55

LETRAS

Ferrán de Pol	*El paisaje en Garcilaso de la Vega*	79
Víctor Rico	*Nota sobre literatura boliviana*	91

HISTORIA

Agustín Millares Carlo	*Sobre una traducción de la "Historia de México" de Clavijero*	97

Filosofía

		Págs.
Enrique Espinosa	*Spranger y las ciencias del espíritu.* (Juan Roura-Parella.)	103
José Gaos	*La filosofía de los valores. Panorama de las tendencias actuales en Alemania.* (Alfredo Stern.) .	105

Letras

Ferrán de Pol	*Letras Mexicanas en el Siglo XIX.* (Julio Jiménez Rueda.)	109
Ferrán de Pol	*De la Conquista a la Independencia.* (Mariano Picón-Salas.)	111
Miguel Bueno G	*El cancionero de Upsala* .	112

Historia

Juan Barona	*El Federalista o la Nueva Constitución.* (Hamilton, Madison y Jay.) .	115
Ferrán de Pol	*Historia de los Papas en la época moderna.* (Leopold von Ranke.)	117
Agustín Millares Carlo	*Los retratos de Hernán Cortés. Estudio iconográfico.* (Manuel Romero de Terreros.) . .	118

Noticias 121

Publicaciones recibidas 127

El Ultimo Nietzsche

El 15 de octubre de 1844 nació Federico Nietzsche. Año sorprendentemente simbólico en la historia de la filosofía este año de 1844, digámoslo ya desde ahora, para no dejar de decirlo. En él se compuso el *Discurso sobre el espíritu positivo,* en que Comte dió a su positivismo la expresión a la vez más concisa, completa y decisiva; redactó Marx *Economía y Filosofía,* desprendiendo definitivamente de Hegel la concepción materialista de la historia; publicó Kierkegaard *El concepto de la angustia*; nació Nietzsche... Todo ello significa el poner de nuevo cabeza arriba el mundo, puesto cabeza abajo por Hegel, que es la gesta de la filosofía contemporánea. Hasta en la historia del pensamiento de lengua española es 1844 el año de un hito importante: la polémica entre los clasicistas chilenos de la escuela de Bello y los revolucionarios argentinos recién emigrados a Chile que habían de llegar a ser los más grandes argentinos.

Hace, pues, cien años que nació Nietzsche. Es ya tradición de nuestra cultura, no sé si de otras, celebrar, conmemorar aniversarios, centenarios, milenarios. Aniversarios, de todos; de nuestro nacimiento, de la muerte de nuestros difuntos. Centenarios y milenarios, sólo de los grandes hombres, o de los grandes hechos. Por la resistencia al diente roedor del tiempo, se mide la estatura metafórica de los humanos. Tradición no injustificada, como va a comprobar una vez más el presente caso. Pues esta conferencia puede considerarse como la explicación justificativa de que se dé, de ella misma, es decir, de que por medio de ella conmemo-

1 Texto de una conferencia pronunciada por el autor en la Facultad de Filosofía y Letras, y con la cual el Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional Autónoma de México conmemoró en octubre pasado el centenario de Nietzsche.

remos el centenario del nacimiento de Nietzsche. Lo exacto hubiera sido darla el día mismo del centenario. Pero los domingos son estimados como días poco a propósito para esta clase de actos. Hasta tradición como la mentada ha de ceder a la festividad, a la ociosidad dominguera. Por el contrario, desde el domingo, los días eran para el conferenciante días sin ocio que dedicar a la conferencia, hasta el de hoy. He aquí la explicación justificativa, también, del retraso, si es que era menester darla a los curiosos de explicaciones de esta suerte.

Una conmemoración como la presente apenas debe consistir en otra cosa que en la evocación de la figura conmemorada, figura intelectual en este caso. En la evocación de la figura, esto es, no sólo en la resurrección de un fantasma, de una imagen, sino también en los sentimientos, y en este caso pensamientos, suscitados por ella. O en términos más técnicos, no sólo en exposición, sino en crítica. Ahora bien, encerrar en el espacio de una hora, breve para todo si no es para un auditorio, evocación semejante, fuerza antes que a nada a reducir la resurrección del fantasma, a reducir la imagen, a límites de selección extrema. Por fortuna, Nietzsche evolucionó hasta un último Nietzsche que es el Nietzsche que justifica la memoria que se hace de él, según es sabido, o según espero que vean ustedes conmigo. Es cierto que Nietzsche mismo, en el autorretrato con que su obra fué prácticamente cerrada por la locura, tiende a poner ya en el primero de sus libros el origen de sus ideas definitivas, pero ello no es razón suficiente para dejar de considerar como fundada la afirmación anterior. Podemos, pues, reducir la imagen de Nietzsche que nos cumple conjurar aquí esta tarde, al último Nietzsche.

Es el que él mismo, en el autorretrato acabado de aludir, divide del anterior con las siguientes palabras: "La tarea para los años siguientes fué proyectada tan rigurosamente como posible. Una vez resuelta la parte que dice *sí* de mi tarea, entró en fila la mitad de la misma que dice *no*, *que hace no*: la contravaloración misma de los valores tradicionales, la gran guerra — el conjurar un día de la decisión." Es pues, el Nietzsche posterior al *Zaratustra*, el Nietzsche que va del *Más allá del bien y del mal* al *Ecce homo*.

Más allá del bien y del mal "es en todo lo esencial una *crítica de la modernidad*". Pero esta crítica, como toda crítica, estaba hecha desde una determinada posición. Una posición de psicología de la historia a que

Nietzsche dió pública expresión en la *Genealogía de la moral,* escrito polémico adjunto al últimamente publicado *Más allá del bien y del mal,* como complemento y explicación. Mas por el mismo tiempo concibe e inicia Nietzsche una obra maestra en que todo su pensamiento definitivo debía ser objeto de una exposición sistemática en una forma *sui generis*: la que conocemos bajo el título de *La voluntad de poder.* Quizá la publicación de la *Genealogía* deba considerarse como una anticipación motivada por una impaciencia de que quizá, tampoco, es la última manifestación. En efecto, poco después —es de notar que toda esta historia, desde el *Zaratustra* a la locura, se desarrolla en un lustro— la composición de la obra es interrumpida para dar lugar a la composición, de una primavera a un otoño, vertiginosa, pues, del *Caso Wagner,* el *Ocaso de los ídolos,* el *Anticristo,* el *Ecce homo,* en el año 88, que duplica el 44 natal, para complacernos en cábalas de moda en estas inmediaciones. El *Anticristo* es la primera parte de una obra planeada bajo el título de *Contravaloración de todos los valores,* subtítulo de *La voluntad de poder,* y que por tanto, por todo, iba sin duda a ser una refundición de la obra maestra. Mas para anticipar y preparar la recepción de la obra refundida, sobre todo para que no sea mal entendida, para que no sea mal entendido él. Nietzsche, compone el *Ocaso de los ídolos* y el *Ecce homo.* Estas dos obras son realmente sendos epítomes de Nietzsche, bien que de índole o estructura cardinalmente opuesta. El *Ocaso* es un muestrario de las formas más características de la obra de Nietzsche, con excepción de las poéticas del *Zaratustra,* a saber, del aforismo, del ensayo, de las notas sobre autores... Pero también es lo que es más aún: una reproducción concentrada del temario nietzscheano, problema de Sócrates, psicología de la filosofía, psicología de la moral, crítica de los alemanes... Con todo, no es una obra sin unidad. Tras las iniciales *Sentencias y flechas,* la primera mitad, por lo menos, es una exposición completa en su brevedad de la filosofía más radical de Nietzsche, la que responde unitariamente al subtítulo, *Cómo se filosofa con el martillo,* esto es, cómo se pega con el martillo en los ídolos, para ver, o más exacto, oír, qué sonido, de oquedad, de vacío, dan. La filosofía toda de la mitad negativa de su tarea, según el propio Nietzsche. — El *Ecce homo* es, en cambio, el autorretrato aludido un par de veces. No una cronológica autobiografía de hechos, sino una sistemática autoprosopopeya, o más brevemente, autopeya de *Erlebnisse* fundamentales, radicales, salvo la tercera parte, que incluye la historia de los

libros publicados por Nietzsche hasta entonces, siguiendo el orden de publicación. Mas autopeya o autobiografía, la más singular y la más rica en calidades estéticas, en valores artísticos, sino la más profunda y reveladora de la literatura filosófica, en que cuenta el *Discurso del método,* o de la literatura universal, en que figuran las dos grandes *Confesiones,* del tagastino y del ginebrino, y aun las que son la *Vida* de la abulense. — Pero el último Nietzsche no es sólo el de la literatura acabada de reseñar concisamente. Es también, es con literalidad últimamente, el de la locura. Más adelante se insinuará la relación que hay entre la literatura acabada de reseñar y la locura.

¿Qué es, pues, este último Nietzsche? Es decir, ¿cómo se alza su imagen hoy ante nosotros, para nosotros? Porque no hay un Nietzsche, ni ninguna otra figura o hecho del pasado histórico, en sí, sino como objeto que tratamos de captar los sujetos sucesivos de la historia...

Como una metafísica de la humanidad, en la doble acepción de este término, conjunto de los individuos del género o especie humana integrantes sucesivos de la historia y naturaleza de estos individuos, naturaleza constitutiva de su especie o género, naturaleza humana. Como una metafísica de la humanidad sacada de sí misma, en un sentido singularmente preciso.

La humanidad, en la acepción que tiene que ver con la historia, viene a lo largo de ésta prolongando una decadencia. Esta decadencia se inició en Grecia con Sócrates, para proseguir en la Grecia clásica y trasmitirse al mundo posterior. La misma decadencia se inició en una mayor extensión geográfica con los sacerdotes, principalmente judíos y luego cristianos. Esta decadencia se apoderó del hombre de Occidente, supremamente del germano, a pesar de ímpetus contrarios, como los renacentistas, hasta el mismo día de Nietzsche. La modernidad resulta así en conjunto, o a la postre, una decadencia, por cristiana todavía... La expresión más fiel, más alta, más perfecta de la modernidad en el día, quizá hasta el día, para Nietzsche, que nada inactual, extemporánea o intempestivamente estima el arte como la manifestación suprema de la vida, Ricardo Wagner, en quien pareció un momento aflorar uno de aquellos ímpetus contrarios, acabó inequívoca y decididamente en el hombre de teatro de los valores cristianos.

Pero ¿en qué consiste la decadencia? En que los hombres encarnación de la vida que se afirma a sí misma han sido superados por otros,

los sacerdotes y su clientela, cabe decir, que son la incorporación de una vida enemiga de la vida anterior, degradante o degeneratriz de esta vida, aniquiladora de esta vida. La vida que se afirma a sí misma es vida en la acepción biológica del término, vida constituída por los impulsos o instintos como el sexual, pero también vida, si no en otra acepción, constituída por otros impulsos o instintos que se manifiestan, por ejemplo, como autosatisfacción, falta de todo remordimiento de conciencia, acción espontánea y no motivada por consideración a los demás... La vida enemiga de esta vida es la vida impotente, débil, enferma, que no da la natural satisfacción a los impulsos e instintos como el sexual, que no actúa espontáneamente, antes todo lo contrario, que es una vida resentida y que obra sólo por reacción negativa... Para la primera vida no habría más que una realidad, la de este mundo, la de su mundo, su propia realidad... La segunda vida, para negar la primera, su mundo, su realidad, fabuló otro mundo, el otro mundo, una segunda realidad, como los verdaderos, de que éstos serían sólo la apariencia falsa. Así, el proceso de la naturaleza en su determinismo inocente, pasó a ser calumniosamente inculpado...

Ahora bien, esta decadencia la ha vivido Nietzsche radicalmente en sí mismo, porque la ha vivido radicalmente como enfermedad, y como enfermedad no causada por ninguna deficiencia orgánica congénita, ni lesión orgánica adquirida, aunque en esto último no viviese la verdad, no que no la declarase, sino como enfermedad consistente, por tanto, sólo en haber decaído vitalmente hasta un extremo significativo, ser "con un pie *más allá* de la vida", por contagio, se puede decir, de la decadencia ambiente, o de los "idealismos" instrumento y expresión a la vez de ella. Nietzsche enfermó, hasta enloquecer, de su tiempo, con frase de corte unamunesco. El *Ecce homo* hace ver la filosofía toda de Nietzsche como una singular metafísica del "ser enfermo". "Hice de mi voluntad de salud, de *vida,* mi filosofía."

Pero aunque Nietzsche se creía sin duda, quizá se vivía, como sano en el fondo, a fondo, con el error que parece probar concluyentemente su final, algo de verdad no puede dejar de reconocerse en el seno de este error, ya que lo cierto es que en él hay más que esta metafísica del ser enfermo: una filosofía también de la superación de la decadencia, de la curación de la enfermedad, que no deja de ser algo real, y hasta poderoso, grandioso, por parecer una reacción desesperada de una desesperada voluntad de sanar, de vivir, de poder. Es el reverso esencialmente adosado

al anverso de la metafísica de la humanidad antes resumida. El reverso constituído por lo que tal metafísica tiene de diagnóstico indicador de la correspondiente terapéutica. La natural y lógica, prolongación de tal metafísica hacia el futuro histórico. La superación de la edad de la decadencia por la edad del advenimiento y triunfo de la figura bien conocida, aunque no siempre bien interpretada, del superhombre, que no es ninguna nueva especie de ente "idealistamente" superior al hombre, sino la especie misma hombre en su biología irrestricta, ya no menoscabada por la vida negadora de la vida. Porque hay que entender bien algo que ha sido mal entendido casi universalmente a saber, que la oposición auténticamente nietzscheana no es la de lo instintivo y lo racional, sino la de lo instintivo ascendente y lo instintivo decadente con la razón.

Mas he aquí ambas caras en un *raccourci* extremo de la mano del propio creador:

"Cómo el "mundo verdadero" acabó por convertirse en fábula. Historia de un error.

1. El mundo verdadero alcanzable para el sabio, el pío, el virtuoso —que vive en él, *que es él.* (Forma más antigua de la idea, relativamente prudente, simple, convincente. Paráfrasis de la frase "yo, Platón, *soy* la verdad".)

2. El mundo verdadero, inalcanzable por ahora, pero prometido al sabio, al pío, al virtuoso ("al pecador que hace penitencia"). (Progreso de la idea: ésta se hace más sutil, más capciosa, más inasible —*se hace mujer,* se hace cristiana...)

3. El mundo verdadero, inalcanzable, indemostrable, improbable, pero, simplemente pensado, un consuelo, una obligación, un imperativo. (El viejo sol en el fondo, pero a través de nieblas y escepticismo; la idea sublimada, pálida, nórdica, königsbergiana.)

4. El mundo verdadero — ¿inalcanzable? En todo caso, inalcanzado. Y en cuanto inalcanzado, también *ignorado.* Consecuentemente, tampoco consolador, salvador, obligatorio: ¿a qué podría obligarnos algo ignorado?... (Alba. Primer bostezo de la razón. Canto de gallo del positivismo.)

5. El mundo "verdadero" —una idea, que ya no sirve para nada, ni siquiera como obligatoria— una idea que se ha vuelto inútil, superflua;

consiguientemente, una idea refutada: ¡arrojémosla! (Día claro; desayuno; retorno del *bon sens* y de la alegría; rubor de Platón; ruido endemoniado de todos los espíritus libres.)

6. El mundo verdadero lo hemos arrojado: ¿qué mundo resta? ¿el aparente quizá?... ¡Pero no! *¡con el mundo verdadero hemos arrojado también el aparente!* (Mediodía; instante de la sombra más corta; fin del más largo de los errores; punto culminante de la humanidad; *Incipit Zarathustra.*)

Todo ello es una metafísica por una razón doble. La interpretación de la historia y de la naturaleza humana se hace en función de una *Weltanschauung* de la índole de las que tradicionalmente han constituído el objeto o sido implicación de la metafísica: la visión "inmanentista" de este solo mundo, de esta única realidad, en el *Werden* determinista, inocente, de la voluntad de poder, es decir, del vital *élan,* que sería el dinámico fondo de toda *esta* realidad. Pero sobre todo, o más hondamente que nada, tal interpretación de la historia y de la naturaleza humana es expresión de radicales *Erlebnisse* de los límites del ser humano, anverso, una vez aún, de un esencial reverso trascendente: ese ser "con un pie *más allá* de la vida"... De la verdad, de la autenticidad de estos *Erlebnisse,* es la locura, el *martirio* de Nietzsche, el *testimonio.*

En suma, Nietzsche vive en sí, vive su ser como el antagonismo entre lo que él llama "voluntad de poder" y lo que él también llama "idealismos". Y vive este ser antagónico como un ser tan extremo, que está en el límite de dejar de ser, que es en el límite del no ser. Mas este su ser, al tocar así al no ser, se reafirma a sí mismo, habría que decir algo así como se *rees* a sí mismo, según la auténtica nota del ser que es la tendencia a persistir en sí, pero interpreta esta persistencia mediante el concepto de uno de los antagonistas en él, de la voluntad de poder, según la tendencia de la modernidad toda a la que, sin embargo, acaso nadie haya dado expresión tan bien como Marx cuando en *Economía y Filosofía* habla de la *"esencialidad* del hombre en la naturaleza" que hace "la cuestión de una esencia *extraña,* de una esencia superior a la naturaleza y al hombre —una cuestión que encierra la confesión de la inesencialidad de la naturaleza y del hombre— prácticamente imposible", tendencia que se pierde en la contradicción nietzscheana entre la ratificación no sólo de lo *Gutes* opuesto a lo *Schlechtes,* sino de esto mismo, y la rectificación de lo *Böses* por lo *Gutes* opuesto a ello. En lugar de ver en la persistencia del ser el corre-

lato dialéctico del no ser, y en la correlación dialéctica de ambos la contingencia — la absoluta del existencialismo o la arraigada en la absoluta Necesidad de la tradición filosófica y del cristianismo. Mas por haber *vivido,* ambos, Marx y Nietzsche, el antagonismo mismo, son ambos la refutación *real,* no sólo el uno del otro, sino cada uno de sí propio, o no dos *simples* polos de nuestro tiempo, sino dos polos de nuestro tiempo, por entrañar cada uno de ellos los verdaderos polos de nuestro tiempo...

Esta imagen de Nietzsche nos presenta dos aspectos.

Un aspecto doctrinal, sistemático, que no se nos presenta consistente del todo. Las inconsistencias, no sólo últimas, de la interpretación nietzscheana de la historia y de la naturaleza humana y de la nietzscheana *Weltanschauung* acabada de aludir, siempre fueron y siguen siendo fáciles de advertir y rechazar. He aquí las dos decisivas, quizá. Las dos vidas contrarias a lo largo de la historia pasada y futura, los dos elementos que no se pueden menos de reconocer en la estructura y dinámica de la vida decadente, se nos presentan en una compleja relación problemática, insuficiente, insatisfactoria. ¿Cómo es que la vida de los "malos" ha *podido,* aunque sólo sea transitoriamente a la postre, con la vida de los "buenos"? Y en la vida de los primeros no deja de ser admitida expresamente por el propio Nietzsche; porque es un fenómeno, un hecho innegable, una voluntad de *poder,* y un *poder* de esta voluntad, que se ha impuesto a los otros instintos e impulsos. De suerte que, en conjunta suma, en la vida de los malos hay también una voluntad de poder y un poder de esta voluntad suficientemente poderosos para haberse impuesto a los otros impulsos e instintos en los malos mismos — y en los buenos. Lo que, por lo demás, no podría dejar de suceder, de ser, si la voluntad de poder es el fondo único de la única realidad. O en otros términos: ¿cómo la vida, la voluntad de poder, ha podido decaer, volverse contra sí misma, en una paradójica, contradictoria, manifestación de su propio poder — y hasta de su propia voluntad? "La historia entera de la refutación experimental de la tesis del llamado 'orden moral del mundo'." No. La historia entera es uno de los términos del problema del orden moral del mundo —porque la moral, lo contra natura es un hecho— histórico... Equivocarse en esta medida, *no* como individuo, *no* como pueblo, sino ¡como Humanidad!... ¡Cómo! ¿estaría la Humanidad misma en *décadence*? ¿lo estuvo siempre? Esta es verdaderamente la cuestión. ¿Es realmente ello posible? "Quedaría abierta la posibilidad de que no estuviese en degeneración la Humani-

dad, sino sólo esa especie parásita de hombre, el *sacerdote,* que con la moral se ha alzado embusteramente al rango de definidor de sus valores — que en la moral cristiana adivinó su instrumento de *poder*... Y de hecho ésta es *mi* idea." Pero, de hecho, también, éste es *el problema*: ¿cómo los parásitos de la Humanidad han *podido* con ella — y no ella con sus parásitos? Aunque acabe pudiendo con ellos ¿por qué los padeció, y tan largamente, y con peligro de muerte? No se hace más que *piétiner sur place.* Aquí es, pues, donde se alza la segunda inconsistencia. Después de la historia toda de la metafísica occidental, después de los sistemas clásicos de esta metafísica, que parecen haber agotado todas las posibilidades de concepción de la naturaleza de que sea capaz la mente humana, la *Weltanschauung* nietzscheana, el sistema de Nietzsche, como todas las demás y todos los demás de la misma índole en la filosofía contemporánea, el bergsoniano, aquel en que vino a parar Scheler, resultan, como explicaciones últimas, poco nuevos, menos articulados y profundos, "ingenuos", para decirlo en conclusión con una palabra. El gran dato de la filosofía moderna, y de la ciencia humana de nuestros días, es la dualidad, la "doblez" del hombre, el concepto de lo contra natura en el hombre, aquello para comprender lo cual le parecía indispensable a Pascal la explicación cristiana misma de la "caída". Es posible que el parecer de Pascal no sea más seguro, pero al menos enseña incontestablemente que el problema, si tiene solución, no puede tenerla sino en estratos más trascendentes que los de toda meramente natural voluntad de poder, *élan vital,* mutua compenetración progresiva del impulso y el espíritu. Todos estos *conceptos últimos,* pero quizá particularmente los nietzscheanos, no resultan realmente últimos, tampoco satisfactoriamente detallados, resultan más bien demasiado simples y primarios, o en suma insuficientes para cargar con la arquitectura de un universo de que forma parte principal la complejísima estructura del hombre moderno y contemporáneo. En fin, más a fondo quizá que nada, toda filosofía de lo exclusivamente irracional, inesencial, existencial, entraña un contrasentido que la aniquila: porque o filosofía *y razón, esencias,* o *existencias sin razón* —y sin filosofía. Es la parte en que la concedida al espíritu por Scheler se le da de razón a este mismo—. En semejantes inconsistencias está lo único respetable que ha habido en la repulsión o la ignorancia tenidas para Nietzsche por los filósofos profesores de filosofía y por los profesores de filosofía no filósofos hasta ayer, aunque ni siquiera los primeros lo hayan sobrepasado en su propio terreno, según acabamos de ver.

Mas, en cambio, el otro aspecto de la imagen de Nietzsche... El problema planteado, la forma de plantearlo, el *Erlebnis* de la "crisis" — el término se encuentra ya en él...

Está bien reconocido cómo a la metafísica de la naturaleza física que es la filosofía antigua y medieval vino a suceder, en un estrato previo y más radical, la metafísica de la naturaleza humana que es la filosofía moderna. No está quizá tan bien reconocido, mas no por ello debe dejar de serlo, hasta qué punto a una metafísica de la naturaleza humana es tan inherente la forma autobiográfica como enseña el *Discurso del método.* En todo caso, esta filosofía moderna, esta metafísica del hombre, ha venido a ser en los últimos tiempos, muy significativamente por cierto, a la vez lo que ya todos llaman historicismo y lo que quizá sólo los alemanes han llamado *Zeitkritik,* lo que inspirándome en Ortega llamo metafísica de nuestra vida, entendiendo el "nuestra" en un sentido rigurosamente *circunstancial*; cuya técnica ¿podrá hallar más exacta fórmula que ésta: "sólo me sirvo de la persona como de un fuerte cristal de aumento con que se puede hacer visible una mala situación general, pero que se escapa, pero que apenas puede cogerse?"; ahora bien, quienes han seguido mis cursos de Metafísica de estos últimos años en esta misma casa saben, confío, hasta qué punto esta nuestra vida consiste esencialmente, radicalmente, en un paso del catolicismo a lo que llamo el "inmanentismo" que no es sino un paso más de los dados por el hombre moderno desde su orto sobre el horizonte histórico; y hasta qué punto el historicismo sólo puede ser superado, precisamente, *por asimilación o intususcepción,* mediante una verdad histórica y hasta personal, que no deja de ser verdad por ser histórica y personal, sino que por ser histórica y personal es, justo, verdad; "perspectivismo" que yo aprendí de Ortega como Ortega pudo haberlo aprendido de Nietzsche. Y a la filosofía, hay que añadir la ciencia. La ciencia moderna, que ha venido siendo crecientemente ciencias humanas cuyo problema es en nuestros días el problema de la "crisis", el problema de la doblez del hombre, desde la sociología hasta la psicología, desde Marx hasta Freud. Y esta filosofía y esta ciencia modernas han venido a este punto de convergencia, entre otros: a aplicar los métodos descubiertos por la psicología para delatar la inconsciente verdad promotora de las apariencias a la filosofía misma; psicología del filósofo y de la filosofía misma que no teme el dictado del psicologismo, en el que cabe reconocer uno de los habituales procedimientos empleados por dicha verdad para hacerse

inconsciente; psicologismo que, radicalizado, es el existencialismo en la parte en que es *razonable*... Pues bien, ¿cómo no reconocer, a su vez, en Nietzsche un punto culminante en esta historia de la filosofía y de la ciencia moderna? En cuanto al problema planteado y a la forma de plantearlo, son en general superiores a los clásicos, con la excepción de Pascal, de Rousseau, los contemporáneos. La imperfección de la cosa pensante que, pensada por ella misma, le hace pensar el Ser perfectísimo, es un rudimentario, aunque radical, filosofema escolástico, comparado con la descripción nietzscheana, con la analítica heideggeriana y hasta con buena parte de la literatura intermedia de la "crisis". Mas entre los contemporáneos, el sumo sigue siendo Nietzsche. Lo demás, encima, procede en buena parte, si no en la totalidad absoluta de él. Y no sólo en la filosofía sino en la ciencia misma. La interpretación, por ejemplo, del idealismo como engaño de sí mismo, de la decadencia como enfermedad mental, precisamente, como *neurosis, pero neurosis social* y por lo mismo históricamente originada o desarrollada, resulta un grandioso, un clásico antecedente, no del psicoanálisis en general, sino incluso de las manifestaciones últimas de la evolución del movimiento psicoanalítico. "Algunos nacen póstumos." —En cuanto a la forma, en fin, no puede caber duda de que es el primero de todos los escritores filosóficos en lenguas modernas, puesto que para encontrarle iguales hay que remontarse hasta Platón, a quien no se parece por el humor que da al ático un importante matiz de que carece el eslavo-teutón, o hasta San Agustín, a quien se parece por el *pathos*; y puesto que es el primer prosista de una de las grandes lenguas de la cultura humana. Ahora bien, fondo filosófico y forma literaria están en una relación mucho más apretada de lo que piensan quienes piensan que una obra deja de ser filosófica en la medida en que es literaria, teniendo presente el estilo *de la mitad* de las obras clásicas de la filosofía, por mantener ausente el de *la otra mitad* de las mismas. Hay fondos filosóficos esencialmente insusceptibles de expresión que no sea literaria en el más "bello" sentido de la palabra. Es lección que los más creen saber haber sido dada por Bergson, pero que en verdad lo ha sido no menos ni peor por Nietzsche. En verdad, en verdad, lo había sido ya plena y perfectamente por Platón.

Por todo, pero principalmente por cuanto la filosofía contemporánea es más aún que la filosofía del pasado planteamiento del problema, no solución de él, hasta hoy, cabe adherirse a quienes estiman a Nietzsche como

el primer filósofo de nuestro tiempo. Sí; el caso Nietzsche es la *expresión*, si no ya la *encarnación*, más grandiosa del hombre de nuestros días, del hombre moderno incluso. Si Wagner es el Cagliostro de la modernidad, es porque Nietzsche es el desenmascarador de este Cagliostro. Hasta qué dilacerante grado están desgarradas las entrañas mismas del espíritu de Nietzsche, se advierte en el doble hecho expresamente señalado por él sin advertir la relación entre lo uno y lo otro, de su nativa irreligiosidad y del idealismo causante, constituyente de su personal decadencia o enfermedad. "Verdaderas dificultades *religiosas*, por ejemplo, no las conozco por experiencia... Yo no conozco en absoluto el ateísmo como un resultado, ni menos como un acontecimiento: en mí se comprende por instinto." Mas por otra parte: "Cuando casi estaba en las últimas, justo porque estaba casi en las últimas, caí en la cuenta de esta radical sinrazón de mi vida —el idealismo—." O bien: "No habla aquí ningún profeta, ninguno de esos terribles híbridos de enfermedad y voluntad de poder que se llaman fundadores de religiones." Pero ¿cabe mejor definición de Nietzsche que ésta: "híbrido de enfermedad y voluntad de poder"? O aún: "Tomarse a sí mismo como un *fatum*, no querer 'cambiar' — he aquí en tales estados la *Razón misma*." "¡Tales estados" son los de "los tiempos de la *decadencia*!" Pero al mismo tiempo, en los mismos tiempos, "*poder* ser enemigo, ser enemigo... el *pathos agresivo*..." Contra la afirmación "el *pathos agresivo* pertenece... necesariamente a la fuerza", la ciencia post-nietzscheana en un sentido más propio que el meramente cronológico no ha dejado de descubrir la básica conexión entre la enfermedad mental y la agresividad. Bien es verdad que "el llegar a ser lo que se es supone que no se sospeche ni de lejos lo que se es"... No, pues, sólo por la fascinación de su forma, como llegó a ser tópico, sino por encontrar verdaderamente en él los "remordimientos de conciencia" de su tiempo, de nuestro tiempo, es decir, *nuestros propios* remordimientos de conciencia, es por lo que lo hemos padecido, cuando no amado, con amor propio o propio padecimiento, los jóvenes de las generaciones siguientes a la suya — es por lo que seguimos padeciéndolo y amándolo los que hemos dejado ya de ser jóvenes. ¿Cómo no reconocer que nuestro problema es aún el problema de la modernidad, a saber: si Occidente está en crisis por haber intentado dejar de ser cristiano o por no haber logrado jamás dejarlo de ser del todo? ¿Cómo no reconocer que este problema es con singular apremio *nuestro* problema, el de los hombres de casta española, el de los descendientes de quienes

vieron unida su grandeza al campeonato de la Cristianidad o del catolicismo, y su decadencia a la extinción de la primera y el retroceso del último, y pueden, y deben, prever una su nueva ascensión unida a la constitución de una nueva "comunión" en el futuro? ¿Cómo no reconocer que en la constitución de esta comunión hubiera debido encontrar Alemania el programa universalmente atractivo, fundamento de su justo, y no brutal, hegemonía ecuménica? Si la contravaloración de todos los valores — del idealismo como decadencia, como enfermedad, si el clamor apocalíptico "¡Dionysos contra el Crucificado!" puede no ser la fórmula estable de la solución, ¿quién dudará de que es la del problema que nos urge a perseguirla?

"Conozco mi suerte. Un día se vinculará a mi nombre el recuerdo de algo enorme —de una crisis como no la ha habido sobre la Tierra, del más profundo conflicto de conciencia, de una decisión conjurada *contra* todo lo creído, preceptuado, santificado hasta aquí. Yo no soy un hombre, yo soy dinamita—. Y con todo esto no hay nada en mí de un fundador de religiones. Religiones son cosas de la plebe, yo siento la necesidad de lavarme las manos tras el contacto con hombres religiosos... Yo no *quiero* 'creyentes', yo pienso que soy demasiado maligno para creer en mí mismo, yo no hablo nunca a masas... Yo siento una espantosa angustia ante la idea de que se me *beatifique* un día (...) Yo no quiero ser un santo, prefiero ser un bufón... Quizá soy un bufón... Y a pesar de ello, o más bien *no* a pesar de ello, pues no ha habido nada más mendaz hasta aquí que los santos, habla por mi boca la verdad.— Pero mi verdad es *pavorosa*: pues hasta aquí se ha llamado verdad a la *mentira*. — *Contravaloración de todos los valores*: tal es mi fórmula para un acto de suprema reflexión de la humanidad sobre sí misma que en mí se ha hecho carne y genio. Mi suerte quiere que yo tenga que ser el primer hombre *decente*, que yo me sepa en antagonismo contra la mendacidad de milenios... Yo soy el primero que ha *descubierto* la verdad, por el hecho de haber por primera vez sentido — *olido* la mentira como mentira... Mi genio está en mis narices... Yo contradigo como jamás se contradijo y soy a pesar de ello lo contrario de un espíritu negador. Yo soy un *gayo mensajero* como no lo ha habido, yo sé de tareas de tal altura que hasta aquí ha faltado la noción de ellas; únicamente a partir de mí vuelve a haber esperanzas. Con todo ello soy también necesariamente el hombre de la fatalidad. Pues si la verdad entra en batalla con la mentira de milenios, tendremos conmo-

ciones, una *convulsión de terremotos, un trastrueque de montes y valles* como jamás se soñó semejante. La noción de política estalla en una guerra de los espíritus, todas las potencias de la vieja sociedad vuelan por el aire — todas, todas descansan en la mentira; habrá guerras como no las ha habido aún sobre la Tierra. Unicamente a partir de mí hay sobre la Tierra *alta política.*

. . . . . .

—"¿Se me ha entendido? (...) El *descubrir* a la moral cristiana es un acontecimiento que no tiene par, una verdadera catástrofe. Quien ilustra sobre ella es una *force majeure*, un sino—, rompe la historia de la humanidad en dos trozos. Se vive *antes* de él, se vive *después* de él... El rayo de la verdad hiere justamente Aquello que hasta aquí estaba más alto: quien comprende *lo que* queda aniquilado, que mire a ver si tiene aún algo en las manos. Todo lo llamado hasta aquí 'verdad' queda convicto de ser la forma más nociva, más pérfida, más subterránea de la mentira; el santo pretexto de 'hacer mejor' a la humanidad, de ser el ardid para *chuparle la sangre* a la vida misma. Moral, *vampirismo*... Quien descubre a la moral ha descubierto a la vez la falta de valor de todos los valores en que se cree o se ha creído; ya no ve en los más venerados, en los *beatificados* incluso tipos del hombre nada digno de veneración; ve en ellos la más fatal especie de engendros, fatal *porque fascinan*... ¡La idea de 'Dios' inventada como contra-idea de la vida —todo lo dañoso, lo venenoso, lo calumnioso, la guerra entera a muerte contra la vida, junto en ella en una espantosa unidad! ¡La idea del 'más allá', del 'mundo verdadero', inventada para desvalorar el *único* mundo que hay— para no dejarle meta, razón, tarea a nuestra realidad terrena! ¡La idea de 'alma', de 'espíritu'. últimamente incluso de 'alma inmortal', inventada para despreciar al cuerpo, para volverlo enfermo —'santo'—, para hacer frente a todas las cosas que merecen ser tomadas en serio en la vida, las cuestiones de la alimentación, de la habitación, de la dieta intelectual, de la manera de tratar a los enfermos, de la limpieza, del clima, con una estremecedora ligereza! ¡En lugar de la salud la 'salvación del alma' — es decir, una *folie circulaire* entre convulsiones de penitencia e historia de la salvación! ¡La idea de 'pecado' inventada con el correspondiente instrumento de forma, la idea del 'libre albedrío', para enmarañar a los instintos, para hacer de la desconfianza contra los instintos la segunda naturaleza! ¡En la idea del 'des-

interesado', del 'abnegado', el verdadero signo de la *décadence,* el sentirse *atraído* por lo perjudicial, el ya no *poder* dar con el propio provecho, la autodestrucción convertida en el signo del valor en general, en 'deber', en 'santidad', en lo 'divino' en el hombre! Finalmente —es lo más pavoroso— en la idea del hombre *de bien,* tomado el partido de todo lo débil, lo enfermo, lo malogrado, lo que padece de ser lo que es, de todo *lo que debe perecer* —la ley de la *selección* crucificada, un ideal hecho de la contradicción contra el hombre soberbio y bien logrado, contra el hombre que dice sí, contra el hombre cierto del futuro, garante del futuro— al cual se llama en adelante el *malo*... ¡Y todo esto ha sido creído *como moral*! *¡Ecrasez l'infâme!*...

—"¿Se me ha entendido?— *Dyonisos contra el Crucificado*..."

José Gaos